



Si el Estado no funciona, no funciona el país

El Estado no funciona

Los venezolanos siempre hemos hablado mal del gobierno y, más en general, de lo que está a cargo del Estado. En décadas pasadas lo que se criticaba era la discontinuidad de muchos planes por motivos meramente políticos, la lentitud con que el gobierno llevaba a cabo las gestiones y las obras, un cierto descuido en la ejecución, dispendio en el uso de los recursos y la sospecha general de que parte de los dineros públicos acababan dolosamente en manos privadas. Pero el presupuesto de estas críticas era el consenso de que, aun con esas fallas, el gobierno gobernaba y el aparato estatal se modernizaba y complejificaba: funcionaban el agua, la luz y los teléfonos; las calles no tenían huecos; se mantenía e incrementaba la red vial; cada vez había más centros de educación y salud, y mejor dotados; las empresas básicas se solidificaban; y el Estado estimulaba generosamente la iniciativa privada. Es cierto que el petróleo posibilitaba este dinamismo. Pero él no era la causa. Había hombres e instituciones que, con todo lo malo que se les pudiera achacar, encauzaban esos recursos.

La crítica actual al Estado no es porque no funcione adecuadamente sino porque no funciona. Lo que funciona parece moverse inercialmente, por la cantidad de movimiento que le imprimieron en épocas pasadas, o reviste carácter de excepcionalidad. Es pertinente reflexionar sobre las causas de este derrumbe, tanto lo que degeneró con el paso del tiempo (personas e instituciones) como los gérmenes deletéreos que ya existían. Pero no puede negarse el hecho de que hoy el Estado, a pesar de su enorme dimensión, casi no funciona. Ni podemos resignarnos a la idea suicida de que estamos ante una fatalidad de la que no podemos escapar.

Sin un Estado eficiente el país no es viable

Desde hace por lo menos una década está de moda achacar todos los males al Estado y denigrar de tal modo de él que la impresión que se saca es que el mejor bien que pudiera ocurrirle al país es que el Estado desapareciera casi, ya que no puede desaparecer del todo. La consecuencia de este estado de opinión es el desestímulo radical de los actuales funcionarios y la desmotivación por su rescate, y el dirigir todo esfuerzo altruista a las iniciativas y organismos de la sociedad civil.

Hay consenso en todos los sectores del país en que el Estado debe ser podado para acabar con la enorme dispersión actual. Por eso hay que estimular cualquier esfuerzo en el ámbito de la sociedad civil. Pero complementariamente es urgente insistir en que sin un Estado fuerte y eficiente el país no es viable. Hay sectores que han jugado al saqueo del Estado y en primer lugar una parte considerable de la empresa privada y de los políticos. Pero éste es un juego suicida. A la larga ningún sector sale ganando con el eclipse del Estado. Pero menos que nadie, el pueblo. El Estado es cauce indispensable (aunque obviamente no único) de solidaridad social. El Estado es la institucionalización más elemental de la solidaridad ciudadana. Y eso es expresamente el Estado venezolano, tal como se expresa en la constitu-

ción vigente. Si el Estado no funciona, se entroniza la guerra de todos contra todos. Y, tal como están distribuidas las fuerzas, las ventajas iniciales y las reglas de juego, los pobres llevan la peor parte, hasta que la insolidaridad que crea esa brecha creciente se exprese, como ya empieza a suceder, en una violencia incontenible.

Las carencias del Estado y la desesperanza de poder remediarlas llevan a buscar la solución por otros cauces. Es muy positivo no dejar todo al Estado, como nos malacostumbramos antaño. Si cada uno de los ciudadanos y si cada una de las instituciones de la sociedad civil no asumimos los problemas del país, no podremos superar la postración actual. Pero ésta tampoco podrá remontarse si no nos hacemos cargo del Estado para que funcione con eficiencia. Insistimos en que el Estado no es el único agente social. Cada individuo, cada familia, cada grupo e institución debe tomar su vida en sus manos y buscar soluciones concretas a sus problemas. Pero, para que cada quien pueda resolver sus asuntos, hay que arbitrar también soluciones globales. Y las soluciones globales al margen del Estado no serán tales sino sólo paliativos.

Puntos para una agenda

Las Fronteras no están ocupadas ni desarrolladas; no existe en ellas vigilancia regular ni seguridad con justicia. El resultado es la policía privada de las haciendas que actúa con absoluta impunidad, el abandono de muchas haciendas altamente productivas, el no poner a producir otras, los desalojos y las matanzas de indígenas y campesinos, y el asalto guerrillero a desprotegidos puestos fronterizos. Cuando suceden hechos demasiado escandalosos, como el actual de Cararabo, todo se va en tremendos operativos y retórica patriótica que no cambian la situación. Sin la ocupación de las tierras, sin una presencia permanente del Estado, que estimule un desarrollo con justicia, sin la colaboración de las FFAA. que tienen que dedicarse por completo a su misión de proteger eficazmente las fronteras abandonando el letargo y los convencionales juegos de guerra, sin estas medidas estructurales, no tenemos derecho a seguir gimiendo y desviando nuestra irresponsabilidad en xenofobia barata. No podemos resignarnos a que el Estado no funcione en esta área. La respuesta no son comisiones ni decretos sino esa presencia permanente, justa y eficaz.

No existe **Seguridad Ciudadana**. La policía no cumple con su deber, no son excepción los policías conchabados con los delincuentes o delincuentes ellos mismos. Y cuando la policía cumple, siempre hay un juez venal que suelta a los ladrones, asesinos o traficantes de drogas, amparado en algún subterfugio legal. El resultado es que la ciudad se desarticula por la privatización de calles y callejones, y las casas se vuelven cárceles. El que tiene algo que defender, se arma o contrata a vigilantes privados. Y los MCS aplauden las pobladas que asesinan a malandros. ¿Son éstas soluciones? ¿Nos podemos resignar a la dejación de los espacios públicos, al confinamiento en las casas y a la guerra de todos contra todos? Somos suicidas si nos resignamos a

que en el país no funcione una policía realmente profesional, que deje de una vez los operativos masivos y se emplee a fondo en la labor de inteligencia; si nos resignamos a que sigamos teniendo los jueces más corruptos del planeta y que nuestro país sea el paraíso de la impunidad. Tenemos que rescatar al Estado en estas áreas.

No existe Educación Pública. Es decir la educación pública ha llegado a tal grado de postración y más aún de desprestigio que quien puede, aun en el seno del pueblo, paga su educación en un plantel privado. No existe el IVSS. Es decir la atención es espasmódica y casi no existen elementos; por eso quien estima algo su vida o la de sus familiares acaba pagando una clínica, aunque no tenga ni para comer. Claro que existen instituciones privadas sin fines de lucro, como Fe y Alegría en educación y múltiples iniciativas en extremo generosas en el ámbito de la salud. Pero, mientras la educación y la salud pública no funcionen, no tendremos un verdadero país. Así de grave. Ni la economía podrá despegar ni podrá darse la mínima cohesión social. ¿A dónde va un país cuyas mayorías se la pasan enfermas y sin remedios y carecen de los mínimos elementos de capacitación, y por tanto tienen la autoestima por los suelos? Resignarse a que el Ministerio de Educación y el IVSS sigan siendo republiquitias sindicaleras sin recursos ni profesionalización adecuados es condenarnos a muerte como país. Una Seguridad Social eficiente y una Educación Básica y Secundaria a la altura del tiempo son mínimos indispensables. No podemos resignarnos al fracaso del Estado en estas áreas.

Es sabido que en la reestructuración que emprendió Carlos Andrés Pérez, de las reglas de juego, liberando cada sector de la tutela estatal y dejándolo al libre juego de la oferta y la demanda (y de los oligopolios y de las roscas) el Sector Bancario fue la excepción. Lograron mantenerse, no sólo al abrigo de competidores extranjeros, sino más allá de cualquier regulación. El Estado estuvo al margen de este sector: ni conocía el estado financiero de los bancos ni los supervisaba para preservar su salud patrimonial y operativa ni imponía ninguna sanción. La irresponsabilidad del Congreso (que no aprobó en 1990, cuando aún estábamos a tiempo, la ley de bancos que hubiera evitado esta hecatombe) y del gobierno (que no se hizo cargo de la crisis para manejarla con mano firme, señales claras y acciones concretas y contundentes) ha costado ya a los venezolanos el equivalente aproximado de un año de ingreso petrolero (once mil millones de dólares), lo que estamos pagando en fuga de divisas, tremenda inflación y paralización de las inversiones. ¿Es posible que sigamos siendo tan inconscientes que nos resignemos a carecer de Estado en esta área tan sensible?

Los Partidos Políticos y el Poder Judicial están en tal estado de descrédito que resultaría mucho más fácil para el país empezar de cero en estos campos que deshacer tantos malos hábitos, tantas malas mañas y reconstruir transformando lo actual. A pe-

sar de que nadie cree en ellos, siguen con sus mismas triquiñuelas devorando lo que queda con la prisa del que sabe que no tiene futuro y que sus días están contados. Y sin embargo necesitamos de los partidos y sólo de la parte sana de ellos y de los jueces competentes y honestos podrán sanearse estos cuerpos políticos imprescindibles en todo estado de derecho. La sociedad civil tiene la obligación de presionar a los jueces y a los partidos, porque el país ni puede prescindir de ellos ni puede soportar su feudalización actual. Estos organismos tienen que descorporativizarse, es decir abandonar el desempeño para fines privados de esas funciones públicas. Y en el Congreso y en los tribunales tienen que asumir su responsabilidad en esta hora de la verdad. ¿No es suicida dejar que se nos mueran así, por envenenamiento, estos organismos imprescindibles del Estado democrático?

Es importante tener un **Presidente** de todos los venezolanos que encarne sus valores y que cuente con la confianza y el respeto de los ciudadanos. Al menos eso tenemos. Esa pieza del Estado, tan importante en un país joven, está bien representada en el Dr. Caldera. Como lo estuvo en Luis Herrera (culto y popular, paradigma de venezolanidad) o en Leoni (con fama de hombre bueno y honesto) o en Rómulo Betancourt (un líder indiscutible), pero es inadmisiblemente que por conservar su capital político se niegue sistemáticamente a trazar políticas como lo exige su cargo de **Jefe de Estado**. Carlos Andrés Pérez hizo un ajuste necesario, aunque lo hizo mal. Tenemos que agradecerle los venezolanos que se jugó en un proyecto necesario de trascendencia histórica. Es verdad que jugó mal. Pero el peor juego es no jugar por temor al riesgo (cf. Mt 25, 24-30). Ese vacío de no acometer la reforma necesaria del Estado está resultando funesto para el país. El que el Presidente les deje jugar a sus subordinados, nombre comisión tras comisión y que hasta ahora no se haya comprometido con nada, en estos momentos tan graves, significa condenar al marasmo el aparato estatal. El que los de su partido sigan jugando a la politiquería que nos perdió y con más voracidad que los partidos pasados es, además, una corrupción que en este momento tan delicado en que se encuentra el enfermo equivale a una gangrena mortal para las dependencias administrativas. ¿No es suicida callarnos ante este vacío del Estado y despedazar luego al gobierno cuando haya dejado el poder?

Resumamos: el colapso del Estado venezolano no puede ser una buena noticia para nadie que ame el país. El rescate del Estado es tarea de cada uno, de los grupos, de las instituciones. Cada día que pase sin emprender esta tarea a fondo hará más inmanejable el problema. Es terrible tener que concluir que sólo una dictadura podrá sanear la administración estatal y volverla eficiente. Nosotros pensamos que el Estado es un ejercicio de responsabilidad mancomunada. Por eso creemos que sólo desde la democracia podrá rescatarse el Estado. Pero si no hay demócratas, nunca lo rescataremos. Nosotros no queremos sacar esa conclusión. Todavía tenemos esperanza. ■